BIBLIOTECA
LIRICO-DRAMÁTICA

GUERRA Y PAZ

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

original de

SALVADOR MARÍA GRANÉS

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de VARIEDADES el 29 de Octubre de 1885.



MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
calle de Atocha, 111, segundo
1885

GUERRA Y PAZ.

GUERRA Y PAZ

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

original de

SALVADOR MARÍA GRANÉS

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de VARIEDADES el 29 de Octubre de 1885.



MADRID: 1885
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y C.ª
Caños, 1

PERSONAJES.	ACTORES.
GUERRA..................	Sr. Luján.
PAZ.....................	Sra. Espejo.

La escena en Madrid.

AL EXCMO. SR. GENERAL

D. MANUEL SALAMANCA Y NEGRETE

EN TESTIMONIO DE CONSIDERACIÓN Y CARIÑO

Su afectísimo amigo,

El Autor.

Amparo Gutiérrez

ACTO ÚNICO.

La escena dividida. Cuartos de dos criados de una casa grande, amueblados con decencia. A la derecha el de Paz, á la izquierda el de Guerra; una puerta de comunicación en la pared divisoria. En el cuarto de la derecha, una puerta lateral que comunique con la escalera de servicio á las habitaciones de la Condesa. Cama sin cortinas. En el de la izquierda otra que cae sobre la escalera que conduce á las habitaciones del Conde; en este lado una cama con cortinas. Balcón practicable en el cuarto de Guerra y otro balcón practicable en el cuarto de Paz. Dos campanillas, una en cada pieza. Una mesa, velador con quinqué y un cesto de labores. Dos maletas.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telón aparece PAZ cosiendo junto al velador. Se oye ruido de un coche. Paz se levanta y vá al balcón.

PAZ. La señora condesa vuelve del baile de la embajada. Ya te veo bajar del pescante, bribón! marido infiel! Lástima que no te rompieras algo!... Abre la portezuela!... Calle!... Pues si también viene el señor!... Qué santo será hoy?... Acompaña tan pocas veces el señor conde á la señora condesa!... Ya entraron!... Ahora tendré que bajar á desnudarla. Sí... pero antes... (Se dirige á la puerta de comunicación y echa la llave y el cerrojo.) Ajajá! Dos vueltas á la llave. Ese liber

tino no tardará en subir... Guerra se llama, pero no es floja la que á mí me dá. Ya oigo sus patadas... Ya sube por la escalerilla de las habitaciones del señor Conde!... Ya está ahí. (Toma una vela, la enciende y vase por la puerta derecha.)

ESCENA II.

GUERRA.

Aparte bajando por la escalerilla con un cabo de vela encendido. Trae gran librea con esclavina de pieles como un lacayo de lujo y entra cantando, un aire asturiano.

«Si la luna fuera queso
y las estrellas molletes...»
Cantaré, para que nun crea que estoy triste.
«Y la mar salada vino,
qué tragos y qué zoquetes!»
(Se acerca á la puerta del tabique y mira por la cerradura.)

Jí... Jí... Jí... Pues nu está! Ya nu necesito cantar, para que crea que estoy alegre; y esu que non todus los que cantan están contentus. Sin ir más lejus, ayer, mientras esperaba con el coche la salida del ama, coléme en el paraíso del teatro Real, y uno que estaba cantando con mucha formalidad se pegó una puñalada y se mató por una que se llamaba... Ah!... Sí... Lucía de Lame el Morro. Esas cosas tan tristes non me gustan á mí. Lu que á mí me deleita son lus cuadros insolentes. Eso! Eso! Que todo se queda á oscuras, y... Tente, lengua!... Non lu puedo remediar!... Mi mujer dice que lu tengo en la sangre de la masa; digu no; en la masa de la sangre! Mi mujer! Esto me recuerda que hace quince días non le puedu decir negrus lus ojus tienes. (Trata de empujar la puerta.) Siempre cerrada! Y todo pur qué? Por mor de la aventura de la berlina con la inglesita, el aya de lus niños. Peru señor!... Cuando un marido se arrepiente de su falta y

dice, pequé, ya non se debía hablar más de ello! Pues ni por esas! Mi mujer terca que terca, non quiere hacer las paces conmigo!... Y todo por el maldito perru!

ESCENA III.

GUERRA.—PAZ, cada uno en su cuarto.

PAZ. Tan bueno es el de arriba como el de abajo. He llegado cuando los señores estaban en lo más dulce de su conversación.—Mientes; decía ella. La que miente eres tú, decía él. No pude oir más porque la señora Condesa me despidió, diciéndome que tocaría la campanilla cuando me necesitase!... Ah!... Los hombres... Los hombres todos son iguales! Por qué no podremos pasarnos sin ellos!... Ea! esperaré á que la señora me llame. (Se sienta y se pone á hacer labor. Guerra, que ya se ha quitado la esclavina, oye el ruido de la silla y se aproxima á la puerta de comunicación haciendo tictac con los dedos, primero suavemente y después más fuerte. Paz hace un movimiento de indiferencia al oirle y sigue trabajando. Guerra acaba por sacudir la puerta con violencia.)

GUER. Ah! ya está ahí mi conjunta mitad que me tiene partido por la idem. A ver si la ablando. (Repiquetea con los dedos.)

PAZ. Vaya una serenata!

GUER. (En el momento de sacudir la puerta.) Pero válgame Santiago de Compostela! Eso non se vá á acabar nunca?

PAZ. Nunca, bribón! Lo has entendido? Nunca! (Cose con rabia y Guerra mira por la cerradura.)

GUER. Cáspita! y con que rabia mete la aguja. Si se pensará que yo soy la tela!...

PAZ. Ay!... (Se pincha.)

GUER. Pinchóse! Me alegro!

PAZ. Eh? Qué es eso? (Levantándose y yendo hácia la puerta.)

GUER. Ahora sí que debu cantar para que non crea que estoy triste...
«Mambrú se fué á la guerra!...»

PAZ. Pues no se pone á cantar, cuando por él?...

GUER. La verdad es que non la puedu ver con indiferencia!... Peru cantaré para que non se ria de mí.
«Mambrú se fué á la guerra...»

PAZ. Tú cantas? Pues yo te haré el duo.
«No sé cuando vendrá.

GUER. Si será por la pascua,
ó por la Navidad.»

(Empiezan cantando bajo y luego cada uno vá esforzando la voz hasta que acaban por armar una algarabía insoportable. La campanilla de la condesa suena entretanto, pero Paz no la oye hasta que á fuerza de sonar cubre el sonido de las voces. Entónces hecha á correr apresuradamente.)

PAZ. Ah! La señora condesa me llama! Tunante! Ya te daré yo música cuando vuelva! Voy! Señora, voy! (Vase, llevándose la luz.)

ESCENA IV.

GUERRA, solo.

GUER. Anda, y cómo repiquetea la campanilla del ama! Paz! Non responde! Habrá bajado al cuarto de la condesa! Si yo aprovechara este momento para introducirme ahí!... (Por la habitación de ella, cuya puerta forcejea.) Nada! Non me atrevo á forcejear mucho, non se rompa la librea. A bien que hay otro camino para llegar al cuarto de mi mujer. Saltando por fuera, desde este balcón al otro... Pero eso es peligroso!... (Coge dos sillas y ensaya con ellas.) Tendría que ponerme entre los dos hierros, y luego estirar la pierna... (Abriendo las piernas y perdiendo en el ensayo el equilibrio.) Demonio! Aquí non me importa el batacazo, purque está cerca el suelo; peru allí entre los dos balcones... la cosa barea!...

Si se me vá un pié, me estrello en los adoquines del patio. Y á pesar de todo, me decido; sí, señor. (Abre el balcón.) Lo que es estar enamorado... Sería uno capaz de todo, si no se contuviera! (Cierra el balcón.) Pero se contiene uno. Tendré que acostarme sin darle las buenas noches á mi mujer. La culpa es mía, que me dejé pescar en el garlito. En el fregante, como dicen lus caballeros. Pues lu mismo ha hecho el señor conde en su esfera; solu que á él non le han pillado en el fregante. Y pur qué no? Por mí, sí señor, por mí. Ibamos hácia Recoletus, él dentro de la berlina, y yo en el pescante, al lado de Simón, el cochero. Cada uno en su puesto, nu es verdad? A mí me gusta ir en el pescante, purque desde lu alto, le parece á uno que es más grande que lus demás. En dónde estaba yo? Ah! sí; en el pescante. Pues bien; íbamos á Recoletus, en casa de la señorita Luisa, una bailarina del Circo, y guapa chica, sin agraviar á nadie. Yo había observado un coche de plaza que nos seguía... nos seguía, á fuerza de latigazos que al pobre animal le daban. Esto me causó lástima!... Non quieras para el prójimo lo que non quieras para tí. Fíjome en la berlina, y qué es lu que veo dentro? A la señora condesa que señalaba al cochero de nuestro carruaje, como diciéndole... A ese... A ese... Entónces, con mucho disimulo, cumienzo á dar gulpecitos con lus dedos en los cristales de la berlina. Al principio, el señor conde creyó que lo hacía por divertirme; y bajandu el cristal, me hizu con el bastón una caricia en el pescuezu. Yo, rascándome, le dije: Señor, hay morus en la costa. El moru era la condesa; vióla también el amo, y exclamó: «Al Retiro, á escape.» De modo, que yo, un pobre lacayo, he sido su tabla de salvadera.

ESCENA V.

PAZ.—GUERRA.

PAZ. Dónde estará el thé? La señora condesa se ha puesto mala. Dónde estará el azucar? Ah! Ya la encontré! Esa maldita historia de Recoletos va á introducir la guerra en el matrimonio. Quién lo diría! Dos esposos tan felices!... Pícaros hombres!... (Vase.)

ESCENA VI.

GUERRA, (Arreglando su cama.)

GUER. Non voy á poder dormir. Me echaré vestidu por si acaso. En cuanto me meto en la cama, ya tengo delante de los ojos ese maldito perro que me persigue mordiéndome las pantorrillas. Y si me duermo, veo en sueños al animal haciendo... guau! guau! Eso debe ser efecto de esa cosa que llaman remordimientos. Qué noches para un marido que tiene una mujer guapa!... Es decir, que debería tenerla, pero que non la tiene. Si non me hubiera pillado en el garlito!... Pero al señor conde non le pilló la suya, y de pocu le ha servido. Esta madrugada, al salir ambos del baile de la embajada, no hablaban una palabra. Yo esperaba sus órdenes abriendo la portezuela, cuando él distraido me dijo: «A Recoletos.» Que te equivocas, replicó ella con mucha sorna... Esta no es hora de visitas. «A la calle de Alcalá, querido!...» A la calle de Alcalá. (Se quita la librea y el chaleco y se acuesta.)

ESCENA VII.

GUERRA acostado, y PAZ.

PAZ. Se me figura que el ama no va á dormir mucho hoy. Ya son las seis de la mañana. Pero en fin,

puesto que se ha acostado, trataré de hacer lo mismo! (Va á la cama, levanta el embozo y mulle las almohadas. Revolviéndose en su lecho.)

GUER. Lo que yo decía, non puedo cerrar los ojus! Purqué estarán tan separadus lus balcones? Eso non debería permitirlo el Ayuntamiento.

PAZ. Buen belén le ha armado la señora al amo. Y al fin ella no tiene más que sospechas. ¿Qué es lo que haría si hubiese encontrado como yo á su marido!... Si á ella le hubiera pasado la historia de la berlina!

GUER. (Con voz como de uno que se duerme.) Con tal de que ese maldito perro non se me aparezca en sueños. Purqué estarán tan separadus lus balcones?... (La voz se extingue; Guerra se duerme de cara á la pared, y Paz mira por la cerradura.)

PAZ. No se oye nada! El bribón duerme, ó se hace el dormido. (Continúa yendo y viniendo y haciendo sus preparativos para acostarse.) Ya una vez les sorprendí á él y á la inglesita Mis Sara, una aya que tomó la señora condesa para que educase á los niños! Al verme se separaron bruscamente, y el imbécil de mi esposo empezó á decir en inglés mientras contaba por los dedos... *one*. . *tove*... *thre*... todo para hacerme creer que la inglesa no estaba allí más que enseñándole su lengua. Una tarde, ocho días después, atravesaba yo por el patio donde se hallan las cocheras y la caballeriza, llevando en la mano «La Viña» á que está suscrita la señora. Rigoleto el ratonero. me seguía ladrando y brincando para cogerme el periódico. Yo eché á correr persiguiéndole para arrancarle la Viña de la señora Condesa. La puerta de la cochera estaba abierta... Rigoleto entró, y yo tras él. Al principio nada ví porque la cochera es oscura y grande! Como que encierra siete carruajes... Y allá en el fondo, en lo último, está la berlina antigua de gala! Al lado de esa berlina es donde al fin encontré á Rigoleto. El animal había soltado el periódico, y estaba allí inmovil, con las orejas levantadas y los ojos clavados en la berlina. De pronto da un

grunido y se lanza á la portezuela ladrando con furor. «Chiquito! Rigoleto!» le decia yo. Pero él sin hacerme caso contestaba cada vez con más furia... guau! guau! guau!

GUER. (Soñando) Ahí está el maldito perro! Ahí está!...

PAZ. Y entónces, del otro lado de la berlina salió una voz... la que me había jurado fidelidad al pié de los altares, y esa voz decía... Cállate, animalucho!... Cállate.

GUER. (Soñando agitado.) Ahí está el animalito.

PAZ. Pero como Rigoleto no cesaba de ladrar, por la ventanilla de la berlina asomaron dos cabezas rubias; las de los dos hijos de la Condesa, y apareció ante mis ojos un hombre, miento, un bandido, mi esposo: al verme se turbó, y para disimular su embarazo, se puso á contar como en el corredor... *One tove, thre...* Pero ántes de que llegara á las cuatro ya me había yo precipitado dentro de la berlina... Rigoleto tras de mí, y el infame Guerra en pos de ambos. Entónces pasó en aquella berlina lo que probablemente no ha pasado en ninguna berlina del mundo. Yo arañaba y mordía á diestro y siniestro. Lloraban los niños... La inglesa ahullaba en su idioma; Rigoleto ladraba en el suyo, y en medio de aquel conjunto de arañazos y mordiscos, llantos, gritos, ayes y ladridos, el imbécil de mi esposo, completamente aturdido, y en un esta do de idiotismo perfecto, proseguía siempre contando *One tove thre*, y hé aquí por qué él está en su cuarto, yo estoy en el mío, y el cerrojo echado á lo puerta de comunicación.

GUER. (Despertando.) Gracias á Dios!... Ya me he despertado... no quiero volverme á dormir. Qué horrible pesadilla he tenido. (Se pone en pié.)

PAZ. Mucho trabajo me cuesta acostumbrarme á esta soledad; pero yo sé que más le cuesta á él, y esa idea me consuela.

GUER. No, no! Esto no es posible! Esto nu puede seguir así!... (Da vueltas por su cuarto; luego mira por la cerradura y ve á su mujer haciendo los preparativos para acostarse.) Non se dirá que á un

fiju de Pelayo le ha faltado valor para tomar pur asalto el cuarto de su mujer. (Abre el balcón.) Y si me estrello en el patio? Non me importa. A la una! A las dos! Aquí murió Sansón cun todus sus fariseos. (Sube al antepecho del balcón y desaparece por allí.)

PAZ. Vamos, se me exalta la bilis cada vez que me acuerdo de la berlina y de Mis Sara! Buena educación dará á los niños la tal señorita. (Ruido de vidrios rotos.) Socorro!... Ladrones!...

GUER. (Con voz angustiada.) Non son ladrones!... Soy yo!

PAZ. Esa voz! Guerra!... (Abriendo el balcón y viendo á Guerra colgado de los hierros y haciendo esfuerzos inútiles para subir.)

GUER. Non puedu más!... Sostenme, que me caigo!

PAZ. No sueltes la barandilla... Yo te ayudaré. Agárrate bien. Ajá! (Después de un momento de esfuerzos Paz consigue atraer á Guerra y le ayuda á subir sobre el balcón. Entra pálido, tembloroso, grotesco. Paz le sostiene y hace que se siente en el proscenio.) Ya estás en salvo! Me debes la vida!

GUER. (Como saliendo de un letargo.) Dónde estoy?...

PAZ. Aquí, en mi cuarto.

GUER. Quién eres tú?...

PAZ. No me conoces ya? Paz, tu mujer.

GUER. Ah! Sí: Y sabes tú lo que ha sucedido?

PAZ. Ya lo creo! Que te has quedado pendiente del balcón como los melones de cuelga.

GUER. Pendiente! Esu es! Suspendidu en el aire! Entre el cielu y la tierra! A la derecha el espacio! A la izquierda el vacío!... La inmensidad pur todas partes .. A mis pies el firmamento... sobre el firmamento el patio... yo... sobre...

PAZ. Tranquilízate, hombre; ya pasó el peligro. Voy á darte un vaso de agua con azucar. (Va á prepararlo.)

GUER. Creu que me he dejado allí un brazu y una pierna. Non, aquí está todu. (Tentándose.)

PAZ. (Con un vaso.) Toma, bebe... y se te pasará el susto.

GUER. Non fué floju.

PAZ. Y todo por qué? Por haber querido pasar de su

balcón al mío, salvando una distancia así de grande! (Indica una señal pequeña con los dedos.)

GUER. Como ansina de grande?... Ese es el apreciu que haces de mi arrojo? (Campanilla del Conde.) Ah! El Conde me llama!—Ya voy, señor!—Pur donde pasu? (Corriendo en todas direcciones.)

PAZ. Por donde mismo has venido.

GUER. (Señalando el balcón.) Pur él?... Un demonio! Pasaré pur la puerta. Lu entiende usted bien?... Y pasaré para nu vulver nunca á atravesarla. Ya que usted se dá tantu tonu, yo me lo daré tambien. (Quita el cerrojo de la puerta y antes de entrar en su cuarto dice á Paz desde el dintel.) Hasta el valle de doña Josefa! (Campanilla del Conde.) Ya voy, señor, ya voy! (Se dirige á su cuarto.)

PAZ. La del humo! (Campanilla.) Adios! Ahora la Condesa!—Voy señora!

GUER. (Volviendo.) Es que non esperes vulverme á ver.

PAZ. Haz lo que quieras. Yo sé muy bien lo que tengo que hacer.

GUER. Y qué es lo que usted hará?

PAZ. Ya lo veremos.

GUER. Corriente... me es igual.

PAZ. Con qué te es igual? (Haciendo ademan de arañarle.)

GUER. Sí, señora. (Campanilla.)—Allá voy!—Y sobre todu, non me amenace usted, pur qué... (Enseñando los puños. Campanilla del Conde.) Ya voy, señor. (Vase.)

PAZ. Tampoco me amenaces tú, porque... (Campanilla.) —Voy allá.—Ha hecho bien en marcharse, por que si le pillo... (Campanillazo.)—Voy allá, señora; voy corriendo. (Vase Paz. Guerra vuelve; atraviesa la escena y llega hasta la escalera por la que se fué su esposa, gritando.)

GUER. Y cuidaditu conmigo, doña Paz! (Entra de nuevo en su cuarto, va á mirar por el balcón y dice imitando la señal que hizo ella.) Asín de grande! Asín de grande, cuando hay media legua de balcón á balcón! Media legua... sí señores... (Al público.) ustedes non pueden verlo, y lu siento; si ustedes pudieran verlu, lu verían ustedes. Ansina!... (Re.

pite la seña.) Las mujeres son todas iguales. Báñanse en agua rusada cuando uno se estrella pur complacerlas. Estu me recuerda... (Campanilla.)—Ya voy, señor, ya voy!... Estu me recuerda un sucedido que traía un papel en versu, que leí de muchachu. En tiempos de nu sé qué rey... Ah! Sí... de don Felipe el bunitu, una dama y su galán paseábanse por la casa de fieras, mirándolas, como es natural. Al llegar á la jaula del oso, la dama, de intento, dejó caer el pañuelo en los hucicus del animal, y comenzó á gritar... «Ay mi pañuelu! Mi pañuelu burdado! Qué lástima de pañuelu! Y al hablar ansina, miraba al caballeru con el rabillu del oju, comu diciéndole que fuera á buscar el pañuelu! (Campanillazo más fuerte.)—Ya voy, señor, ya voy!.. Pues bien. Qué dirán ustedes que hizo el caballeru? Trincó á la señora pur salvo sea la parte. (Señalando con ambas manos á la cintura.) abrió la puerta de la jaula, y echóla dentro con el osu, diciéndola: «Vaya usted misma á buscar su pañuelu bordado.» El oso se la comió, y el caballeru lu sintió mucho... después. Peru, qué quieren ustedes? En aquellus tiempus non se andaban los hombres cun pañus calientes! (Campanillazo.) —Allá voy, señor! Alla voy volando. (Vase Guerra y aparece Paz.)

ESCENA VIII

PAZ, luego GUERRA. (Ella se dirige al cuarto de su marido.)

PAZ. Dónde está ese bribón? Dónde está? Me hubiera alegrado encontrarle para decirle que todo acabó entre nosotros. La señora Condesa acaba de tener entrevista con su esposo, y el resultado es que el ama y yo tomamos las de Villadiego! En el tren de por la mañana salimos hoy para Andalucía, donde vive una tía de la señora Condesa. Voy á arreglar mi equipaje. (Acerca el baul al proscenio y lo abre. Entra Guerra.)

GUER. Pur Pravia que me alegro. El amo anduvo á la greña con la Condesa, y hoy de mañanita tomamos el purtante y nus vamos á París de Francia... Ea!... Metamus lus trastos en la maleta. (Guerra toma su maleta del suelo y la coloca sobre dos sillas, reuniendo los objetos que encuentra á propósito Paz hace lo propio en su cuarto. En sus idas y venidas ambos llegan á encontrarse frente á frente, se miran un instante y luégo se vuelven la espalda bruscamente y se ponen á tararear una canción, aparentando indiferencia. Paz empieza á llevar su baul, Guerra busca la llave de su maleta. Después de un momento de vacilación, cuando lo marque el diálogo, se decide á entrar en el cuarto de Paz, que empieza á tararear.) Demonio! Non encuentru la llave. (Pausa.) Paz (Pausa. Sigue cantando y él dice con voz terrible.) Doña Paz! (Ella cesa.) Perdóneme si la interrumpo! Pero como cuando era usted mi mujer guardaba usted todas las llaves, vengo á pedirle la de mi maleta. (Viendo á Paz arrodillada delante de su baul.) Calle! Cualquiera diría que usted también está haciendo preparativos de viaje.

PAZ. Me marcho á la tierra de María Santísima.

GUER. Pues cun ser tan santa esa tierra, non se va usted á la tierra donde manda Dios!

PAZ. Y qué tierra es esa?

GUER. La tierra donde voy yo. La mujer debe seguir á su marido. Esu es lu que dice la pistulera de San Pablo.

PAZ. La epístola, animal!

GUER. Como usté quiera.

PAZ. Y se puede saber á dónde vas tú?

GUER. A tomar las aguas del Sena.

PAZ. Te vas á hacer aguador?

GUER. Non señora: que nus vamos á París.

PAZ. (Levantándose y á punto de estallar.) Quién?

GUER. Yo... y el señor Conde.

PAZ. Corriente: Ahí está la llave.

GUER. Oigame, doña Paz. Al separarse usted de su esposo debu hacerla una advertencia. En ese baul,

entre sus vestidos y sus perifollus, se lleva usted una prenda mía.

PAZ. Cual?

GUER. Mi honor. Qué piensa usté hacer de esa prenda?

PAZ. No sé si la empeñaré.

GUER. Caracoles!... De veras?...

PAZ. A tí qué te importa?

GUER. Le importará al vecinu.

PAZ. Antes me has dicho que todo era igual.

GEUR. Enteramente todu... no.

PAZ. Y qué es lo que no te sería igual?

GUER. Eso non se pregunta! Cuernu!...

PAZ. Yo quiero que lo digas, yo quiero que confieses que te moririas de pena si hubiera otro hombre que te causase celos. Pues qué!... Si no fuera porque todavía deseas reclamar tus derechos de marido, porque todavía me quieres...

GUER. Yo?...

PAZ. Como un animal.

GUER. (Qué bien me cunoce!)

PAZ. Si no fuera por eso, te hubieses atrevido á saltar por el balcón, á riesgo de romperte el bautismo? Confiésalo, zoquete!... Confiésalo.

GUER. Y si lo confesara, tú que dirias?

PAZ. Qué diría yo?

GUER. Sí.

PAZ. Síentate ahí! (Le hace sentar sobre el baul.) Pues diría... Y por qué lo he de ocultar? Diría que yo también te quiero, animalote, y que por eso me casé contigo, cuando tenía los novios así!... (Juntando los dedos por las puntas.)

GUER. En manojus?...

PAZ. Sí! Juan el cochero: Domingo el de la tienda de comestibles, tres guardias de orden público:

GUER. Bueno está el orden público!

PAZ. Todos querían casarse conmigo. Y hasta el sobrino de la señora Condesa...

GUER. También quería casarse contigo?

PAZ. Poco menos. Pero yo te preferí á todos porque te amaba. Y ahora mismo soy tan tonta, que apesar del lance de la berlina te perdono y te abro los brazos en vez de sacarte los ojos. Por

qué sería tan cobarde? Por qué, dí, si no fuera porque te amo? (Llora.)

GUER. Me amas?

PAZ. Sí, sí. (Rompiendo á sollozar cómicamente. Echa los brazos al cuello de su marido y apoya la cabeza en el hombro izquierdo de Guerra.)

GUER. Non te ruborices. Cuando el amor está tan bien colocado como el tuyo, non debe dar vergüenza.

PAZ. Guerra de mi vida!

GUER. Paz de mi corazón! (Campanilla.) Y ahora non negarás que es muy grande el trecho que hay desde el balcón de mi cuarto al tuyo.

PAZ. No: no lo niego.

GUER. Digiste que era ansina de pequeño! (Señalando la mitad del indice.)

PAZ. Me equivoqué! Es así de grande! (Estendiendo los brazos.)

GUER. Gracias á Dios que has caido de tu burro!

PAZ. Guerra de mi vida! (Abriéndole los brazos.)

GUER. Paz de mi corazón!... (Al ir á abrazarse se detienen oyendo la campanilla de la Condesa, que á intérvalos se repiten.) Otra vez la campanilla!...

PAZ. Sin duda quiere el ama que apresuremos el viaje! (Campanilla.)—Ya voy, señora, ya voy!...

GUER. Pero qué es lo que ha sucedido abajo?...

PAZ. No sé: la señora estaba furiosa...

GUER. Y el Conde colorado como un pavo. Parecía que le iba á dar un atraque. (Campanilla.)

PAZ. Vuelta con la campanilla!...—Ya voy!...—Guerra de mi vida!... (Lloriqueando.)

GUER. Paz de mi corazón! .. (Idem.)

PAZ. No es un dolor tener que separarnos ahora? (Llorando.)

GUER. Sí, paloma, lloremos juntos!... Qué gusto da esto de llorar en tan amable compañía!...

PAZ. Ay! Jamás tal vez desde que el mundo es mundo ha presenciado la naturaleza un espectáculo más conmovedor. (Campanilla.)—Ya voy, señora. Ya voy! (Vase.)

ESCENA IX.

GUERRA, volviendo á su cuarto y arreglando la maleta.

GUER. Hemos sido unos bárbaros en haber hecho las paces, cuando nus vamos á separar. Estando regañados nun tendríamos tanta pena en separarnos, y hasta nus daría gusto... mientras que ahora... ahora .. de pensarlo solu se me saltan las lágrimas! (Llorando.) Jí!... jí!... Una mujer que en dos años de matrimonio, non me ha arañado más que tres veces!

ESCENA X.

GUERRA.—PAZ.

PAZ. Alégrate, Guerra!

GUER. Jí! jí! (Llorando.)

PAZ. Alégrate!

GUER. Si estoy alegre! Jí!... jí!...

PAZ. Ya no nos marchamos.

GUER. (Transición.) Cómo?

PAZ. La señora me lo ha contado todo. Parece que á consecuencia de la aventura de Recoletos...

GUER. De Recoletos?

PAZ. Qué sabes tú?...

GUER. Non lo he de saber?... como que... Sigue, sigue...

PAZ. La señora condesa, dejándose llevar de su carácter meridional...

GUER. Como que es de Tolosa!

PAZ. Hombre, no; de Tortosa!... Pues bien: esta noche, en su disputa con el conde... se ha exaltado, hasta el punto de... (Haciendo ademán de arañar.)

GUER. Le arañó! Ella también?... Hé aquí el progreso moderno. Igualdad ante la ley.

PAZ. Cinco minutos después, la señora sintió remordimientos por lo que había hecho con su ma-

rido. La pobrecilla lloraba como una Magdalena. Ay! qué lástima! decía, no haberle podido sacar un ojo!...

GUER. Vamos, quería hacerle también de Tortosa.

PAZ. Pero al cuarto de hora se arrepintió verdaderamente y fué á llamar al cuarto del señor conde para hacer las paces con él...

GUER. Como yo.

PAZ. Justamente. El conde se había encerrado en su habitación y no quiso abrir.

GUER. Como tú!

PAZ. Entónces, es cuando ella pensó en que nos fuéramos á Andalucía. Pero después ha reflexionado, y como además la pobre señora le quiere, no ha tenido valor para separarse de él.

GUER. Como nosotros.

PAZ. Y ha vuelto á su cuarto, y él por fin ha abierto y allí están juntos...

GUER. Ah! Pues si están juntos...
(Abre los brazos para abrazarla.)

PAZ. Qué es eso?...

GUER. Paz!... Paz!...
(Abriendo los brazos de nuevo)

PAZ. (Sin comprender.)
Qué haces?

GUER. Si allá se arreglan lus otros,
pur qué aquí también nusotros
non hemos de hacer las paces?

PAZ. Por mí... (Con dengues.)

GUER. Pues yo...
(Rascándose la oreja. Campanilla.)

PAZ. (Yendo á la puerta de la escalera.)
Voy!...

GUER. Qué gana
de interrumpir!

PAZ. (Como contestando á una persona de abajo.)
Sin tardar.
(Viniendo al lado de Guerra.)
Los amos van á almorzar
á la Fuente Castellana.

GUER. Un abrazo! (Repite el juego anterior.)

PAZ. De rodillas!

	(Lo hace. En el momento que van á abrazarse campanilla.)
Los dos.	Ay!
Paz.	Corre!
Guer.	(Gritando.)
	Ya voy!
	(Se acerca á la puerta derecha y dice una voz de dentro.)
Voz.	El coche!
Guer.	Lu que es mañana á la noche
	quito yo las campanillas!
	(Se pone la librea ayudado por Paz.)
Paz.	Corre, que el Conde se enfada.
Guer.	Voy!... (Campanilla.)
Paz.	Ya escampa. (Campanilla.)
Guer.	Dale firme!
	Señores, antes de irme,
	pur favor, una palmada.

FIN.

PUNTOS DE VENTA



MADRID

Librería de la Sra. Viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMATICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares á esta casa, acompañando su importe en letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones. sin cuyo requisito no serán servidos.

Precio, UNA peseta.